

# O'CONNELL.

*O'Connell es la Irlanda:* he aquí el verdadero punto de vista para apreciar en su justo valor á ese hombre célebre; para estimar debidamente las colosales dimensiones de esa figura gigantesca, de ese tribuno mónstruo, que ha logrado fundar y afirmar un trono de diamante sobre el movedizo cimiento de la popularidad. *O'Connell es la Irlanda:* es la personificación de un pueblo de 7 millones, oprimido por espacio de largos siglos, sufriendo la miseria mas horrorosa que imaginarse pueda, arrastrando una existencia de infortunio, de calamidad, de dolores sin ejemplo. *O'Connell es la Irlanda* católica, aplastada durante tres siglos bajo la planta de hierro de la aristocracia protestante, implacable en sus odios contra el catolicismo, insaciable en su sed de oro y de mando, recelosa, suspicaz, tiránica, como poder culpable atormentado por el remordimiento. *O'Connell es la Irlanda:* su voz de trueno es la voz de un gran pueblo que dice basta; basta de injusticia y de opresion, basta de violencia y esclavitud, basta de desnudez y de hambre; es la voz de un gran pueblo que se remueve como las olas del océano al comenzar la borrasca; que brama como el lejano huracán, esparciendo en su carrera la desolacion y el espanto; que muge como subterráneo fragor, indicio del terremoto que hace bambolear cual leves cañas los torreones y alcázares. Si no le mirais así, no comprendereis á ese hombre extraordinario, á ese Hércules de la política, que infatigable é invencible como el Hércules de la fábula, lucha hace treinta años con la aristocracia mas astuta y poderosa que se vió jamas sobre la tierra. Si no le contemplais rodeado de

millones de hombres cubiertos de andrajos y transidos de hambre, clamando por el remedio de sus males, con despecho, con furor, y hasta con desesperacion, no comprendereis esa estraña mezzcolanza de entusiasmo religioso y de exaltacion democrática, de dignidad y de groseria, de generosidad y de virulencia, de rasgos sublimes y de dicterios vulgares, de palabras tiernas y sentidas, y del mas cruel sarcasmo; no comprendereis al grande *agitador*, como le llaman los whigs, *al rey mendigo*, como le apellidan los torys, al *libertador*, como le aclama con frenético entusiasmo el pueblo irlandés (1).

(1) Como al publicar en nuestra Revista algunas biografías de personajes célebres, mayormente contemporáneos, no nos proponemos ofrecer á nuestros lectores artículos de puro esparcimiento y recreo, sino dar á conocer aquellos hombres en quienes se personifica un país ó una época, logrando de esta manera nuestro principal objeto, que es el estudio y aclaracion de las altas cuestiones sociales y políticas; nos será preciso acompañar las biografías con algunas notas históricas que ilustren y expliquen la verdadera situacion del personaje cuya vida y hechos describimos. Al principiar la biografía de O'Connell, hemos pintado con negros colores la situacion de Irlanda; situacion lamentable donde hemos dicho que se debía buscar el origen de muchas de las estrañezas y excesos de su fogoso tribuno; y bajo este punto de vista presentaremos á O'Connell tal como nosotros le concebimos, sin atenernos á lo que pueda haber dicho en pro ni en contra la exageracion ó el espíritu de partido. Pero con la mira de que á su vez no se nos tache tambien de exagerados en lo que hemos dicho de la miseria de Irlanda, copiaremos las palabras de un ilustre viajero, testigo ocular de los horroresos padecimientos de ese infortunado país. Es Mr. de Beaumont, en su obra titulada: *L'Irlande social, politique et religieuse*, publicada en Paris en 1839.

"Nada existe mas infeliz, dice Beaumont, que esa multitud de labradores que pudiendo sobre el terreno, y pegados á él como la lepra, aumentan en miseria á proporcion que se multiplican llegando al extremo de que siendo la poblacion de 6 millones de habitantes, se cuenta el asombroso número de 2.600.000 pobres.

"Todo el país, en todas partes, bajo todos aspectos, en todos los instantes del día, se ve cubierto de miseria, de esa miseria destruida y hambrienta, ociosa y vagabunda, que mendiga sin cesar, que se presenta al llegar á las costas de Irlanda, que no se aparta jamás de vuestra vista, ya en el aspecto del pobre cubierto de andrajos, ya en las acciones del desgraciado enfermo, que os cuenta sus dolencias y os muestra sus llagas. Por todas partes os veréis acompañado, perseguido, con gemidos, con llantos, con quejidos dolientes, que si no os mueven á piedad, os importunarán y llenarán de espanto. No parece sino que esta miseria es inherente al suelo, y que es uno de sus productos. Cual una de esas plagas endémicas que corrompen la atmósfera, marchita todo cuanto toca. Hasta el mismo rico, en medio de sus gozes, no puede sustraerse á la miseria del pobre; se le pega tenazmente como roña, y son vanos todos sus esfuerzos para sacudírsela.

"Como todos son pobres, se nutren con el alimento menos caro del país, que son las patatas; pero no se crea que sean todos tan dichosos que puedan comerlas en abundancia; los que pueden comerlas tres veces al día, se tienen ya por privilegiados; los hay que solo las comen dos veces, muchos una sola vez, y no son pocos los que pasan uno y dos días sin tomar alimento."

Recuerden nuestros lectores que esa horrosa miseria es en la Irlanda, en uno de los países mas fecundos, mas variados y pintorescos de Europa; y sea si no es fundada la indignacion, si no es excusable el despecho del desgraciado irlandés, que inercia á un sistema de opresion y de codicia, se ve precisado á morir de hambre en un país donde podría vivir acomodado y venturoso. En la crisis actual de Inglaterra, y que tanta influen-

Nació Daniel O'Connell en el año de 1774, en Carhen, condado de Kerry, en la provincia de Munster. Su pais natal es montañoso y de aspecto salvaje; digna cuna del hombre de hierro, no quebrantado todavía con 60 años de la existencia mas agitada y borrascosa, en medio de trabajos y fatigas sin cuento. Era su padre Morgan O'Connell, labrador, que con título de arriendo cultivaba la tierra, que había sido de sus mayores, y perteneciente á la sazón al colegio protestante de Dublín. A pesar de la situación lamentable en que se hallaban los católicos de Irlanda, la educación é instrucción de O'Connell no fueron descuidadas; pues que su padre no carecía de algunos medios para proporcionárselas.

La vida de un hombre se esplica muchas veces por las primeras impresiones que recibió en su infancia; y por cierto que en los primeros años de O'Connell encontraremos el gérmen de su espíritu agitador, y de su odio implacable contra la aristocracia protestante. Cabalmente la época de su nacimiento y niñez fué una de las mas desastrosas para la Irlanda. Merced á la miseria, á la opresion, á la desapiadada esacion del diezmo que el católico irlandés se ve forzado á pagar al clero protestante, es decir, á los ministros de una secta que detesta, hubo en 1761, en la provincia de Munster, la sublevacion de los *white-bois*, *niveladores ó mozos blancos*: sublevacion terrible, en que una muchedumbre hambrienta, furibunda, abrasada de sed de venganza, recorría la Irlanda, degollando los rebaños de sus opresores, invadiendo las casas de los particulares, derribando las cercas de las dehesas, quemando haciendas, y entregándose á todo linage de excesos y atrocidades. Por espacio de 15 años duró la insurreccion; porque si bien sofocada á trechos con la fuerza de las armas y el horror de los patíbulos, volvía siempre á rebrotar; hasta que en 1775 se presentó todavía mas terrible en los llamados *right-bois*, *defensores del derecho*, que sucesores de los *mozos blancos*, desolaron la Irlanda, y particularmente el condado de Kerry, patria de O'Connell.

Ya se deja entender lo que oiria el niño O'Connell sobre la insurreccion de los *defensores del derecho*; mayormente perteneciendo á una familia originaria de la raza irlandesa-milesiana, y cuyos ascendientes se habian distinguido en las guerras de la invasion Anglo-Normanda, defendiendo con teson y bizarría la independencia de su patria. Oiria sin duda la insurreccion disculpada y escusada por la desesperacion á que se veian reducidos los pobres

— sea tendrá sobre la política general de Europa, es muy importante conocer á fondo la cuestion de Irlanda, que será, si no dudarlo, uno de los principales embarazos con que tendrá que luchar el ministerio *Peel*.

paisanos, que en no pagando en el dia prefijado el canon bienal, eran lanzados sin compasion de la miserable choza que servia de abrigo á su familia; que al volver desnudos y hambrientos á su campo para desenterrar algunas patatas con que alimentarse, eran arrojados por los soldados; y para llevar á colmo la miseria y la desesperacion de esos infelices, hasta se llegaba á la barbarie de revolver el terreno y queinarles su choza, arrebátándoles así toda esperanza, echándolos con sus familias á morir de hambre en el camino real (1).

La primera educacion de O'Connell fué encomendada á un anciano sacerdote católico; á uno de esos sacerdotes irlandeses, que abrigan en su pecho el mas ardiente amor á su religion, y el mas acendrado patriotismo. Pobres, perseguidos, victimas del odio protestante, sucesores de mártires, no tienen otro consuelo que aliviar el infortunio de sus compatriotas, prodigándoles los auxilios de la religion, y haciéndoles entrever la esperanza de mejores dias para

(1) La insurreccion ha sido tan frecuente en Irlanda, que en ciertas épocas ha llegado á ser como su estado normal. Sobre este particular se hallan curiosas noticias en un artículo titulado *Historia insurreccional de Irlanda (Local Disturbances in Ireland) desde principios del siglo 18*, que se publicó años pasados en un número de la *Revista capotina*. Allí se ve que el origen de las insurrecciones y de los crímenes, estaba en la miseria, en la horrorosa miseria, que agotaba todo sufrimiento, y producía la desesperacion. Pero á mas de los datos que se encuentran en el escrito citado, y que se refieren á época mas remota, todavía pueden presentarse otros mas recientes y mas fijos.

En 1835 se propuso el gobierno inglés formar cabal concepto de la verdadera situacion de Irlanda, y al efecto ordenó una informacion ó pesquisa general. Los comisarios dirigieron á sus correspondientes en cada parroquia la siguiente pregunta:

“¿Teneis noticia de que los últimos tres años hayan sucedido algunas muertes, causadas “por la necesidad?”

Del exámen practicado para satisfacer á esta pregunta resultó: que habian muerto una infinidad de personas por la falta de alimento; que de estas las unas habian muerto de pura hambre; otras cuya muerte habia sido acelerada por la misma causa; otras habian perdido por una larga estenuacion, y otras, en fin, de enfermedad y de hambre á la vez.

De la misma pesquisa resultaron otros datos á cual mas tristes. En Connaught la poblacion agricola carece de trabajo seis meses al año; y hay una parroquia donde solo le tienen un mes en todo el año; y en las poblaciones mas felices nada tienen que hacer por lo menos tres meses.

En un folleto publicado en Dublín en 1787, se encuentra un estado demostrativo del déficit anual en que se halla el labrador irlandés, para cubrir sus necesidades mas precisas; y comparando lo que gana con lo que tiene que pagar por el arrendamiento de su choza, campo destinado á patatas, diezmos, &c., resulta que indispensablemente una porcion considerable habia de morir de hambre. Los datos recogidos en la informacion de que estamos hablando, confirman esta triste verdad, presentando una prueba irrecusable en el precio de los jornales. Para que la suerte del labrador fuese no diremos acomodada, pero solamente tolerable, el jornal deberia ser de 10 penny, cosa de 30 cuartos; y por lo comun no pasa de 4 penny (12 cuartos): cuando llega al máximo, es de 6 penny (18 cuartos); pero á veces baja hasta 2 (6 cuartos). Añádase á esto, lo que hemos observado sobre la falta de trabajo, y que para cada palmo de terreno hay cien pretendientes, y véase si es concebible una miseria mas horrorosa.

la Irlanda. El niño O'Connell, con su inquietud incesante, su agitación violenta, su comprensión viva, su corazón sensible y ardiente, escucharía con los ojos arrasados de lágrimas los padecimientos de su patria, concebiría una aversión profunda á sus opresores, y presintiendo el inmenso porvenir que le aguardaba, revolvería en su mente la libertad de Irlanda como una ilusión encantadora, y diría con lengua balbuciente lo mismo que dice ahora al cabo de sesenta años: "Si un día sonara la hora del combate de la Irlanda contra la Inglaterra, yo me hallaría entre los combatientes en primera fila (1)."

A la época de que hablamos, estaban prohibidos los colegios católicos, en Inglaterra, en Escocia é Irlanda; y así es que al llegar á la edad de entrar en un colegio, encontróse O'Connell en la misma dura alternativa en que tenía á todos los jóvenes católicos la intolerancia protestante; ó abjurar el Catolicismo, ó ir á buscar la instrucción en tierra extranjera. No quiso el padre de O'Connell, ni que su hijo abjurase su religión, ni que creciese en la ignorancia; y así, le envió al continente para ser instruido en el colegio de los padres dominicos de Lovaina. Estuvo allí algun tiempo, hasta que pasó al colegio de los jesuitas de Saint-Omer, donde continuó sus estudios por espacio de dos años. Su alma inquieta y ardiente no se avenía bien con la sujeción del colegio; y así es que cuentan que no era de los mas distinguidos en el estudio; y no sería tampoco de los mas aplicados, cuando parece que á menudo andaba revuelto con sus colegas repartiendo sendas puñadas. Así es que dejó también la carrera eclesiástica, á la que le destinaban sus padres; siguió la del derecho, y vuelto á su patria, se recibió de abogado en 1798.

Las circunstancias en que comenzaba su carrera en el mundo el joven O'Connell, no podían ser mas fatales. La Irlanda se había

(1) Los sacerdotes católicos de Irlanda han sido mirados por los protestantes como promovedores de desórdenes. No tratamos de entrar en un exámen detallado sobre este particular, lo que además de inútil sería también imposible; pero sí que se puede asegurar que lo que se ha dicho de los sacerdotes irlandeses, generalmente hablando, es una calumnia. Simpatizan, es verdad, con el pueblo, procuran aliviarle, no desperdician ocasión para mejorar la suerte de su patria; pero procuran también calmar la indignación del pueblo para que no se propase á cometer desmanes. En la insurrección de 1775, lejos de provocar el movimiento y de tomar parte en él, se lo opusieron aun á riesgo de perder su popularidad. Los insurgentes llegaron á irritarse contra ellos, y hasta asesinaron á muchos.

Por lo demás, si algunos sacerdotes se hubiesen escedido alguna vez, ¿no serían algun tanto disculpables, por las violencias, privaciones y miseria de que han sido víctimas ellos y sus compatriotas? ¿No querría que fueran insensibles á los males de su patria? ¿Ignórase acaso que el patriotismo crece á medida que se aumenta la opresión, que se esfuerza en estinguirle?

sublevado repetidas veces; pero la insurrección había sido sofocada: los cadalsos continuaban vengando á la Inglaterra ofendida, y la opresión pesaba sobre la infortunada Irlanda con su mano de hierro. Para mayor desgracia se cerró al joven O'Connell hasta la esperanza de figurar en el parlamento irlandés; verificándose en aquella época el *Acta de Union*, merced al oro derramado á manos llenas por el ministerio Pitt. O'Connell, que sentiría ya seguramente sus gigantescas fuerzas de tribuno, veía con despecho el *Acta de Union*, pues que suprimido el parlamento propio, no le quedaba á la Irlanda un órgano de expresión legal. Así es que en una reunión de abogados de Dublin, convocada para protestar contra el *Acta de Union*, se distinguió el joven O'Connell por su vigorosa oposición á la desaparición del parlamento, y por su lenguaje atrevido y violento contra la tiranía de los ingleses. Al cabo de cuarenta años todavía recuerda O'Connell aquella época con emoción profunda. En un banquete que le dieron los amigos de la revocación del *Acta*, en el día 30 de Agosto del año de 1841, pronunció un largo discurso sobre este asunto, y decía: "Miembro del antiguo parlamento de Irlanda, recuerdo todavía mi estreno oratorio, y la emoción que se había apoderado de mí en aquel momento solemne. Los principios de entonces, son todavía mis principios de ahora: mi cuerpo ha sentido sin duda la influencia de los años; mi alma no." El hecho, sin embargo, llegó á consumarse, y O'Connell quedó condenado á encerrar su inmensa actividad en el círculo del foro. Aquella alma impaciente, ¿quién se lo dijera! había de esperar para figurar de nuevo en un parlamento, nada menos que hasta 1830.

Curioso es sobremanera observar á O'Connell en sus tareas de abogado, y ver cómo sabe explotar su posición civil, para grangearse una popularidad inmensa, y asentar el pedestal de su poderío político. Es notable que la misma intolerancia del protestantismo inglés, las medidas de rigor tomadas contra los católicos, el sistema de exclusivismo que contra ellos había establecido, declarándolos indignos de todo empleo civil y militar, privándolos de todo derecho, sujetándolos á una legislación injusta y cruel, y no considerándolos mas que como ilotas, este mismo sistema de injusticia y tiranía, contribuyó á que O'Connell pudiese, en medio de las ocupaciones del foro, asentar las bases de aquella prepotencia que un día había de dar tanto que entender á la opresora metrópoli.

La calidad de *católico* rodeaba al joven abogado de numerosas trabas; pero merced á su talento, á su elocuencia, á su actividad prodigiosa, á su laboriosidad infatigable, llama vivamente la aten-

cion pública, é inspira una confianza tal, que se halla desde luego rodeado de una numerosa clientela. Alto de estatura, de formas atléticas, robusto de salud, de rostro colorado, de ojos centelleantes con la llama del genio, parece ya destinado para ser un día el libertador de Irlanda; y los pobres irlandeses se agolpan á pedirle los auxilios de su saber y elocuencia, mirándole como su protector, como su amparo, para sustraerse á la intrincada red de leyes suspicaces y crueles, que les salen al paso por todas partes. Alienta la confianza de los clientes con su semblante amable, su mirada benévola, y aquella sonrisa que jamas se aparta de sus labios; y mezclando sagazmente en todas las discusiones del foro la causa de la Irlanda, pasando de las consideraciones del objeto particular que le ocupa á consideraciones generales sobre la causa de la justicia y de la humanidad, funda para sí una tribuna política, y empieza á ponerse en posesion del derecho de ventilar con entera libertad todo linaje de cuestiones. Así personificando en el mas oscuro de sus clientes la Irlanda entera, hablando sin cesar del *Acta de Union* y de la tiranía inglesa, transformaba insensiblemente al abogado en hombre político, y la silla de jurisconsulto en tribuna de arengas.

Del bufete á las salas de los tribunales, del tribunal á los banquetes, á las reuniones numerosas; allí improvisando elocuentes discursos, entusiasmando al pueblo con su palabra abrasadora, ó divirtiéndole con sus salidas graciosas y familiares; siempre incansable, siempre con la Irlanda en los labios, siempre concentrando en su persona todas las simpatías, y manteniendo el pais en un estado de agitacion incesante; he aquí la vida de O'Connell abogado, he aquí cómo se forma su elevada reputacion, cómo se cimenta y se estiende su popularidad, tan grande y al propio tiempo tan duradera, que no tenemos un ejemplo semejante en la historia antigua ni moderna (1).

(1) La legislación injusta y cruel que regia en Irlanda, contribuyó sobremedura á la elevacion de O'Connell. Para dar á nuestros lectores una idea de la barbarie de la opresion inglesa, citaremos algunos hechos. Ningun católico podia poseer un caballo, cuyo valor excediese de cinco libras esterlinas, unos 476 reales. Si contravenia el católico á esta ley llona de suspicacia y extravagancia, cualquier protestante estaba autorizado para apoderarse del caballo, pagando al católico las cinco libras esterlinas, aunque el valor fuera de cincuenta. Ya se deja suponer á cuántas tropezadas debía de abrir la puerta una legislación semejante.

Los católicos no solo eran incapaces de todo cargo civil y militar, sino tambien de poseer ninguna propiedad territorial; por manera que el gobierno inglés, no contento con los despojos practicados contra los católicos, repartiéndole las tierras confiscadas entre los protestantes por via de recompensa, habia tambien tomado sus medidas para que los católicos no pudiesen elevarse jamas á la esfera de propietarios, es decir, á la de personas influyentes.

Seria un error el decir que O'Connell haya sido quien ha puesto la Irlanda en estado de agitacion, quien ha amontonado los combustibles que un día pueden acarrear una conflagracion espantosa; las frecuentes insurrecciones que asolaban aquel pais antes de nacer O'Connell, y las que se repitieron y costaron tantos torrentes de sangre antes que él tuviese edad para ejercer ninguna influencia, prueban bien á las claras que no es él quien ha comunicado á su patria esa inquietud que no le deja descanso. No: la agitacion de Irlanda procede de su profundo malestar, de su espantosa miseria, del cansancio de sufrir la esclavitud y las esacciones á que la condenará el protestantismo inglés, arrastrado por su odio al Catholicismo, y azuzado por su codicia. La obra de O'Connell, lo que honra sobremedura su talento, lo que ha mejorado la suerte política de Irlanda, y que quizás un día mejorará su estado social, es el haber regularizado la agitacion, es el haber destruido, ó al menos atenuado en gran parte, las insurrecciones parciales, que solo servian para desolar el pais y hacerle caer de nuevo bajo un yugo mas pesado; es el haber concentrado las miras de los irlandeses hácia ciertos puntos determinados; no es precisamente el haberles hecho sentir con viva fuerza el ultraje de la violencia y esclavitud particulares, sino el haber dado á los sentimientos mas grandor, mas designio, imprimiéndoles un sello á la vez religioso y político, creando de esta manera un verdadero espíritu nacional. Bajo este punto de vista, la persona de O'Connell, que ha sido como el resorte del gran movimiento, ha hecho á la Irlanda un beneficio; beneficio que quizás un día costará á la Inglaterra lágrimas de sangre.

Esta era su mision: y menester es confesar que reunia en un grado eminente las calidades necesarias para cumplirla. Su voz es clara, fuerte, sonora y armoniosa; su gesto nada elegante ni gracioso, pero lleno de brio y energia, y hasta con alguna extravagancia

Los sacerdotes católicos, ministros de una religion considerada como un crimen ante la ley, eran mirados con extrema suspicacia y perseguidos de muerte. Dejando aparte las crueldades cometidas en tiempo de Cromwell, y otras épocas de persecucion, podremos recordar un hecho reciente, sucedido en 1757, tanto mas notable, cuanto la iniquidad dimana del mismo gobierno. Sheehie, sacerdote católico, fué perseguido judicialmente de órden del gobierno como promovedor de desórdenes. Todo su crimen consistia en haberse compadecido de los pobres labradores, y dádoles algunos consejos y socorros; y así es que fué declarado indecente por el primer juicio de jurados. Sus perseguidores, viendo que se le escapaba la press, hicieron que se le abriese otro proceso, que dirigido con manifiesta iniquidad, dió por resultado contra el desgraciado sacerdote la pena capital. Se le habia imputado un asesinato, pero algunos años despues murió la Providencia de que se manifestase la inocencia del ajusticiado. Bridge, que se suponía muerto á manos de los *mozos blancos* acandillados por el desgraciado Sheehie, vivia aún muchos años despues del suplicio de éste, y se presentó públicamente en Irlanda.

muy á propósito para cautivar el ánimo de la muchedumbre. Ora tira hácia delante la cabeza y estiende el brazo derecho, ora le retira, cruzándolos ambos sobre el pecho; á veces alarga desmesuradamente el cuello, y como que hace visages. Su lenguaje es rico, brillante, variado, como efusión de una fantasía fecunda, de un corazón que se abandona sin reserva á sus impulsos generosos. Unid todo esto con una grande elevacion de miras, con una penetracion superior, con un torrente tal de pensamientos robustos, que segun la espresiva frase de Shiel, no tiene mantillas para cubrirlos; añadid que nada tiene de refinamiento, nada de artificioso; la naturaleza en su grandor, en su sencillez, la causa de la justicia, de la humanidad, la suerte de su amada patria, de la infortunada Irlanda; imaginad este conjunto, y concebiereis la elocuencia de O'Connell, esa elocuencia, ora tierna y patética, ora imponente y sublime; ora llena de elevacion y magestad, ora descendiendo á la vulgaridad y al insulto; ora pintando con grandes rasgos escenas grandiosas, ora atacando con ironía cruel, con desapiadado sarcasmo á una clase ó á un individuo; entonces concebiereis esa elocuencia, siempre popular, siempre aplaudida, siempre arrastrando á una muchedumbre inmensa, que le sigue por todas partes, que le aclama, que le idolatra, que correría furiosa á las armas, el día en que él dijese que ha sonado la hora.

Quéjense algunos de su ironía cruel, de su sarcasmo punzante, de sus invectivas violentas; de sus apodos indecentes; pero es menester recordar lo que hemos dicho al principio: O'Connell es la Irlanda, la Irlanda que ha sufrido largos siglos, que sufre todavía de un modo que nosotros no podemos concebir, y que por consiguiente no es extraño que se espese con un lenguaje virulento y de fuego.

Ademas, y en obsequio de la justicia, es menester advertir que O'Connell no ataca jamas sin ser provocado, y que si ha cubierto de lodo á la aristocracia inglesa en sus fogosas declamaciones, ésta á su vez no se ha demostrado muy comedida con su adversario. Si los torys no tienen reparo en llamarle *saltimbanquis sin pudor, mendigo sin vergüenza, perro arisco*, que debería estar con cadena, no debe tampoco parecer tan extraño que él tenga la singular humorada de llamar á algunos loros, *viejias con pantalones*, á otro *cabeza de javali*, y así por este tenor. Sin duda que seria de desear que el orador no se abandonase á semejantes escesos; pero seamos justos, y reconozcamos que hay ciertas posiciones en que es muy fácil escederse; y que O'Connell, acusado como se ha visto por la aristocracia inglesa, no es extraño que se haya desembarazado de

ella echando mano del primer instrumento que se le haya ofrecido (1).

Por lo demas, la generosidad de O'Connell nadie la puede poner en disputa: y para dar una idea de ella, vamos á referir lo que sucedió en su desafío con d'Esterre. Asistia O'Connell en Dublin á una de aquellas grandes reuniones en que su voz atronadora se levanta y dirige á su voluntad las pasiones populares cual Neptuno las olas del océano; y como en su arrebatada peroracion no suele poner gran cuidado en limitar la violencia del ataque, vinole á la mano la corporacion municipal de aquella ciudad, y la echó el apodo de *mendiga*. Un abogado llamado d'Esterre, individuo de la municipalidad, se dió por ofendido personalmente, y quiso escigir de O'Connell una satisfaccion enviándole cartel de desafío. O'Connell no quiso aceptar; y para satisfacer á su adversario, le declaró que no habia tenido intencion de insultar personalmente á nadie. D'Esterre no se dió por satisfecho, insistió en escigir el desafío; y cuando no, amenazaba á O'Connell con un bofetón. '¿Tamaño in-

(1) Los demagogos de los otros países escusarían en vano sus declamaciones y escesos con el ejemplo de O'Connell: la miseria y la opresion de que se lamenta O'Connell, es una horrible verdad, así como lo que se pondera en otras partes es una impudente mentira. ¿Dónde se halla, en España por ejemplo, esa aristocracia opulenta y cruel que viva de la sangre del pobre, y le deje morir de hambre? ¿Dónde se halla un clero que perciba el diezmo de un pueblo de religion diferente de la del ministro perceptor? Cuando se quiciera imitar á O'Connell, es preciso estar en su lugar, es preciso que el viagero que recorre la España pueda decir lo que el viagero que recorre la Irlanda.

Oigamos de nuevo al ya citado Beaumont. "¿Referiré todo lo que he visto? No. "fortunios hay superiores á la humanidad y que la lengua no encuentra palabras para es- "premiarlos. Si referir quisiese las escenas de luto y desolacion de que he sido testigo, los "ayes y gritos de desesperacion que han sonado á mis oídos, lo que ofrece de doloroso la "voz de una pobre madre que no tiene para sus hijos hambrientos opulencia de que ha "en medio de tan espantosa miseria hubiese de plantar la insultante opulencia de que ha "con los ricos público alarde; la inmensidad de sus dominios, á donde ha conducido la "mano del hombre abundantes aguas, donde se ofrecen valles y colinas artificiales; la "magnificencia de sus palacios, sostenidos por columnas de los mas bellos mármoles de "la Grecia y de la Italia, resplandecientes con el oro de la América y lujosamente avin- "dos con las sedas de Francia y los tejidos de la India; la espléndida morada de los eria- "dos, la habitación todavía mas rica destinada á los caballos, todas las maravillas del ar- "te, todos los inventos de la industria, todos los caprichos de la vanidad, acumulados en "estos lugares, donde el dueño ni residir se digna, donde solo se presenta de vez en cuan- "do; la vida indolente y fastuosa de este rico, que hasta ignora las miserias que causa, "que no las ha visto siquiera, que no las cree, y que sin embargo, estraee de los sudores "del pobre cien mil duros de renta, en quien cada goce insensato, cada gasto super- "fluo representa la ruina y la miseria de un desgraciado; y que á cada día á sus perros "el alimento de cien familias, y que sin embargo, deja perecer de hambre á los desgracia- "dos que con su sudor le procuran esa vida de lujo y de orgullo; en este caso, si hubiese "yo de repetir las siniestras impresiones que experimenté con tamaños contrastes, y las "terribles cuestiones que á mi mente se ofrecian, la pluma me caería de la mano, me fal- "tarían las fuerzas para continuar mi tarea." ¿Hay algo de semejante entre nosotros? ¿Lo hubo jamas?

solencia irritó á los amigos de O'Connell, le instaron á que aceptase, y O'Connell, que no es nada cobarde, se resolvió por fin á tomar por árbitro las armas.

Escogióse la pistola, y el enemigo de O'Connell quedó muerto en el acto. Fué tal la impresion que causó á O'Connell la desgracia de su adversario, que al instante se fué con todos los testigos á la iglesia, y allí juró solemnemente no batirse jamás; voto que ha cumplido fielmente. Pero no paró aquí, sino que viendo el desamparo de la viuda de d'Esterre, ofrecióle una pension equivalente á lo que se calculó que ganaba el difunto marido, poco menos de 7,000 pesos. Verdad es que la municipalidad de Dublin, por cuyo honor habia muerto d'Esterre, no quiso permitir que la viuda aceptase nada de O'Connell, y le señaló una pension de sus propios fondos; pero por esto no dejó de ser muy sincera y caballerosa la oferta del generoso vencedor.

Ya que hemos tocado un punto de la conducta de O'Connell que se roza con sus ideas religiosas, diremos sobre ellas cuatro palabras. O'Connell es un tribuno, es un demagogo; pero es religioso, es católico; y cuando se atiende á sus ideas políticas y á su conducta, es menester no perder de vista esta circunstancia tan importante. Los radicales franceses, bien conocidos en su mayor parte por sus ideas irreligiosas ó anticatólicas, simpatizan poco con O'Connell, que no se olvida nunca de considerar el Catolicismo como la base de la restauracion de la Irlanda; que no se avergüenza del apodo de papista con que le apellidan los protestantes; y que si bien, en sus esfuerzos á los de los radicales ingleses, es para derribar la Iglesia protestante, para socavar la aristocracia, y acelerar un cambio de cosas en que saliera gananciosa la Irlanda. Por esto algunos de los radicales franceses, que todavía no aciertan á olvidar la democracia tal como la concibiera Rousseau, y que con sus ideas de libertad, llevan casi siempre mas ó menos enlazadas las viejas preocupaciones irreligiosas de la escuela de Voltaire, dicen que O'Connell es un espíritu estrecho, de pocos alcances, servido por magníficos órganos y con la cabeza imbuida de viejas preocupaciones de secta. ¡O'Connell un espíritu estrecho! . . . él, que ha comprendido su posicion política y religiosa mejor que ningun hombre del mundo; ¡O'Connell de pocos alcances! él, que ha organizado en una especie de insurreccion legal y permanente á un pueblo de siete millones, que ha hecho cara y ha humillado á la aristocracia mas poderosa y mas sagaz que recuerda la historia . . . ¡Solo servido por órganos magníficos! él, que dispone del corazon de sus oyentes con un hechizo irresistible, cuya palabra remueve y agita

un inmenso auditorio como una chispa eléctrica ó un agente galvánico; que si quiere, hace vibrar las cuerdas mas delicadas del corazon; que con periodos breves y pastosos encanta el oido de un concurso de cuarenta mil almas; él, cuyo lenguaje es estremadamente conciso, porque toda la abundancia de sus palabras le bastan apenas para acanalar su raudal de pensamientos . . . El, lleno de viejas preocupaciones de secta. . . . ¡Y por qué? ¡porque es católico, porque conserva la religion de sus padres, porque conserva aquella creencia, único consuelo que ha quedado á la desgraciada Irlanda?

Por sus mismas ideas religiosas puede esplicarse la fidelidad con que ha cumplido su voto de no aceptar jamas otro desafío; sin que sea necesario achacarle que se atrincheira tras su voto para insultar á mansalva. Sabida es la severidad de las doctrinas y preceptos católicos con respecto al duelo; ¿qué estrafío, pues, que O'Connell, de cuya sinceridad de creencias nadie duda, haya querido observar religiosamente un voto, confirmado ademas con sagrados preceptos y ligado con un recuerdo doloroso?

Pero digan lo que quieran la mayor parte de los radicales franceses, ni los torys ni los wighs, ni los mismos radicales ingleses, que le tienden la mano con alguna desconfianza; poco le importa á O'Connell: la Irlanda le clama por su libertador, allí tiene un verdadero trono; y si la reina Victoria manda en la Gran Bretaña, dista mucho de hacer en sus dominios tan ampliamente su voluntad, cual O'Connell lo verifica en Irlanda. Ni los insultos, ni los apodos, ni los contratiempos, nada le abate ni le entristece: se asegura que tiene la fortuna de mirar siempre las cosas por el lado alegre; y que abriga una fé tan viva en el triunfo de la causa de la justicia y de la humanidad, que jamas desconfia un momento.

En su misma ironía y sarcasmo, y en los expedientes de que echa mano para salir de pasos apurados, se conoce que tiene un fondo inagotable de buen humor. Como es calvo y lleva una peluca no muy disimulada, hallándose un dia en una de aquellas grandes reuniones, que son el elemento propio de su alma tempestuosa, uno de los concurrentes le llamó *calvo*. ¿Qué hace O'Connell? Se quita al instante la peluca, y se queda con la calva en presencia de todo el auditorio, con aquella sonrisita que no se aparta jamas de sus labios, y con un semblante bañado de satisfaccion y de amabilidad. El auditorio se puso loco de entusiasmo, y con ruidosos aplausos confundió al insolente, mientras O'Connell con ambas manos se calaba de nuevo y con pausa, su triunfante peluca. Disputaba un dia con un adversario que por desgracia era cojo: atacando éste á O'Connell, se dejó decir: "mi lenguaje es severo, pero jus-

to." "Si, como vuestras piernas," replicó con viveza O'Connell.

Pero volvamos á la política, verdadera vida de nuestro héroe. La obra maestra de O'Connell, la gran palanca que le sirve para multiplicar inmensamente sus fuerzas, es la grande *asociacion* de Irlanda; que se llamó *asociacion católica* en 1829, *asociacion general de la Irlanda* en 1837; que en 1839, tomó el nombre de *soledad de los precursores*, y que actualmente se apellida *asociacion nacional*. La Irlanda desde el *Acta de union*, no tiene parlamento propio; y los ingleses sin duda se harán de rogar para otorgárselo, y quizás arrostrarán cualquier peligro, antes que restablecerle. Pero menester es confesar que la *Asociacion nacional*, tal como la tiene organizada O'Connell, suple la falta del parlamento; y si á la muerte de este hombre célebre, encontrase la Irlanda un digno sucesor, tal vez esta asociacion sería mejor arma que un parlamento, para ir quebrantando los anillos de la cadena con que la tiene oprimida la Inglaterra. Declarada asociacion ilegal, se la ha disuelto varias veces; pero en vano: siempre ha vuelto á renacer la misma, bien que cambiado el nombre; y los mismos peligros que la amenazan, la misma falta de legalidad, quizás la hacen mas popular, menos accesible á la corrupcion, mas á propósito para escapar de los tiros de la refinada astucia del gabinete de San-James, que no lo fuera un parlamento legal.

Por lo demas, y aunque establecida sin formas legales, es admirable su regularidad. Tiene su junta central, que puede considerarse como un verdadero gobierno; su presupuesto, su tesoro, sus periódicos, que son como sus gacetas oficiales; en fin, nada le falta. Carece, es verdad, de la facultad de hacer leyes obligatorias, pues no tendria tampoco medios coercitivos para hacerlas ejecutar; pero ¿qué le importa esta falta, si toda la Irlanda obedece sus insinuaciones como leyes! Tampoco posee la facultad legal de imponer contribuciones; pero sin embargo, la cuota de sus repartimientos se cobra con hartu mayor facilidad, y se paga con mucho mas gusto, que los impuestos votados por el parlamento inglés. La sola existencia de esta asociacion, de organizacion admirable, de profundo arraigo en el pais, y que ejerce una influencia sin limites, manifiesta el talento de O'Connell, y el alto beneficio que ha dispensado á su patria, convirtiendo en oposicion semilegal, lo que antes era insurrecciones armadas, y trocando en agitacion política, en reuniones animadas y ruidosas, las antiguas escenas de incendios y de sangre.

Y no se crea que por esta mudanza haya perdido la Irlanda nada de su fuerza y energía; al contrario, se le han aumentado toda-

via mas, en una proporcion muy grande; porque reunidas las fuerzas antes diseminadas, centralizada en la junta principal toda la vida política, regularizado el movimiento, y dirigido por manos hábiles y experimentadas, se ha conseguido levantar mas y mas el espíritu público, darle el sentimiento de su fuerza, crear una opinion nacional, distraer al pueblo de insurrecciones desastrosas y sin ningun provecho; y de este modo se ha obtenido de la aristocracia inglesa, sin sangre ni trastornos, lo que no se habia podido obtener jamas con la fuerza de las armas. De la prevision y tino con que fué creada y organizada la *asociacion*, de cuán profundamente sabe conocer O'Connell las necesidades y circunstancias de su pais, de cuánto es su arte de adaptarse á éstas para satisfacer aquellas, son prueba irrecusable los prodigiosos resultados que habia dado la asociacion, á poco tiempo de su establecimiento. Escasamente habian transcurrido seis años, desde que reunidos veinte individuos en la fonda de Dempsey en Dublin, se ocupaban de su fundacion, realizando el proyecto concebido y concertado por O'Connell y Shiel, y ya la *asociacion* se habia extendido de tal manera, era tal su influencia y poderio, que obligaba á la aristocracia inglesa á abandonar su envejecido sistema de la opresion de los católicos. Era en 1829, y Wellington y Peel presentaban á las cámaras el bill de *emancipacion* de los católicos; lo hacian á su pesar; pero era una necesidad indeclinable, era preciso ceder (1).

La medida de la emancipacion de los católicos no debe ser mirada como una concesion generosa de la aristocracia inglesa, sino como un paso forzado que no se podia diferir mas, atendida la actitud imponente que iba tomando la Irlanda, removida por la gran palanca de la *asociacion*. Esta palanca la movia principalmente O'Connell, y su influencia y popularidad, cada dia crecientes, acabaron por llevar á Wellington á la cámara de los Lores, y á Peel á la de los comunes, á declarar que era ya imposible resistir mas. "El estado de Irlanda se ha agravado, decia Peel el 5 de Marzo de 1829 al presentar á la cámara de los comunes el proyecto de eman-

(1) Hasta el origen de la *asociacion* parece tener algo de extraordinario. Shiel y O'Connell se encontraron casualmente en casa de un amigo comun en las montañas de Wicklow. Con la entrevista, y con aquellos sentimientos que inspira á dos adversarios la presencia de un amigo que está dispensándoles hospitalidad, bien pronto se reconciliaron O'Connell y Shiel, que estaban antes algo reñidos; y allí mismo concibieron la gigantesca idea de la *asociacion*. Al hablar de O'Connell, es menester hacer justicia al talento y patriotismo de su compañero Shiel, quien no solo le ha servido mucho para levantar del suelo al partido católico por medio de la *asociacion*, sino que con su admirable eloquencia, casi rival de la de O'Connell, ha contribuido sobremedida, así en el parlamento como en las reuniones populares, al triunfo de la causa de Irlanda.

"cipacion; las reclamaciones son cada dia mas urgentes y apremiantoras: ¿no vale mas otorgar de buen grado, lo que quizás un dia nos veriamos precisados á conceder por necesidad?" La Irlanda, la asociacion, O'Connell, era lo que inspiraba á Peel tantos temores, y lo que habia producido su cambio de opinion con respecto á la emancipacion de los católicos.

El origen de esta medida, es decir, la *necesidad*, se manifestó todavía mas en la cámara de los Lores. Allí la oposicion fué terrible, como era de esperar; pero nada se consiguió: O'Connell estaba al otro lado del estrecho, al frente de siete millones de almas, en actitud imponente, como un general al frente de su ejército, y que aguarda la respuesta de un parlamentario para obrar en consecuencia; y á este argumento no le encontraba solucion la cámara de los Lores. En vano el arzobispo de York y el obispo de Durham, temerosos del golpe que amenazaba á la Iglesia protestante, combaten el bill de *emancipacion*, porque no deja á la Iglesia establecida las suficientes garantías; en vano se esfuerza Lord Eldon en suscitar obstáculos, alarmando la conciencia de los Lores con el recuerdo del juramento que prestan sus señorías, en que declaran que las prácticas de la Iglesia Romana son idolátras; todo es en vano; ni el gobierno ni la cámara podian olvidar las significativas escenas de la eleccion de Clare.

Ya que hemos pronunciado este nombre, quizás no desagradará á nuestros lectores el que les demos noticia del ruidoso suceso que acabamos de mentar; porque al paso que retrata al vivo la popularidad de O'Connell y la fuerza de la *asociacion*, sirve á fijar el momento decisivo en que principiaron la derrota de la aristocracia inglesa, y la libertad de Irlanda.

A la época de que hablamos (en 1828), estaban los católicos privados de ejercer cargos civiles y militares; pero para entrar de miembro de la cámara de los Comunes, tenian ademas otro embarazo, que era el que todo diputado, antes de ocupar su puesto en la cámara, debia prestar juramento á la *Supremacia protestante*, ó en otros términos, al supremo poder del rey de Inglaterra en materias eclesiásticas. Es decir, que O'Connell encontraba dos barreras antes de entrar en la cámara: la una el ser católico, que por consiguiente podía acarrear la anulacion del acta electoral, y despues la del juramento; porque es bien claro, que O'Connell no queria reconocer la *Supremacia protestante*, pues que en tal caso se hubiera separado de Roma y dejado de ser católico, haciendo así traicion á su conciencia, y perdiendo de un golpe toda la popularidad en su patria. A pesar de tamañas dificultades, O'Connell no se arredró:

y ofreciéndose la oportunidad de las elecciones del condado de Clare, se presentó como candidato en competencia con Fitz-Gerald. El golpe era atrevido, pero no podia ser mas acertado. Triunfando O'Connell en las elecciones, se ponía á la cámara inglesa en un conflicto muy duro; porque ó habia de luchar abiertamente con el pueblo irlandés, rechazando al nuevo elegido, ó habia de abrir un camino de conciliacion. Es decir, que habia de reformar la legislacion relativa á los católicos, habia de emanciparlos.

La *Asociacion* tomó sus medidas, la Irlanda se puso en agitacion, y la Inglaterra fijó sus miradas sobre lo que iba á suceder en aquella escena. Sale O'Connell de Dublin acompañado de otros gefes católicos, y á su paso todo se pone en movimiento; su tránsito es un continuado triunfo; el entusiasmo llega á su colmo. Los pueblos de la carrera se iluminan como por encanto, una muchedumbre inmensa se agolpa para verle de cerca; los párrocos salen á recibirle, como si fuera una autoridad de primer orden, y le dirigen afectuosas y entusiastas alocuciones. O'Connell entra en las iglesias, asiste al santo Sacrificio, y al salir dirige á la muchedumbre su palabra inflamadora: "¡La redencion de Irlanda se acerca!" esclama con acento profético, y el pueblo se agita como la selva azotada por el huracán, levántanse al cielo millares de brazos, y es interrumpido á cada paso con estrepitosos aplausos. Todos los que pueden ponerse en camino, acuden á Ennis, ó para tomar parte en la eleccion ó para presenciaria; y los que no pueden, siguen con ávidos ojos á la triunfante comitiva, invocando sobre ella la bendicion del cielo.

Llega por fin O'Connell; amanece el dia de la eleccion. Una muchedumbre inmensa se agolpa por todas partes; llegan los electores con los sacerdotes al frente, con las banderas en alto, en medio del mas estrepitoso ruido de aclamaciones, de alaridos, y al son de las gaitas y de todo linaje de instrumentos. No es posible concebir la alegría de aquel pueblo sencillo, tan cansado de padecer, y embriagado á la sazón de entusiasmo y de esperanza. Todos los resortes se habian puesto en movimiento. Los amigos de O'Connell, los miembros de la *Asociacion*, arengaban á los electores; el religioso carmelita, el Padre Lestrangle, se empleaba con ardiente celo para sostener la decision de la muchedumbre, y el Padre Maguire, franciscano, hombre de mucha influencia en Irlanda por sus sermones, y por una ventajosa controversia sostenida en Dublin contra un ministro protestante, arengaba tambien al pueblo para alentarle y enardecerle.

No tenia que habérselas O'Connell con un adversario poco temible.